

En nácar y arrebol inunda el cielo;  
Del alcázar de hielo,  
Do su manida tiene  
El rudo Bóreas, al opuesto polo,  
De Paz é Industria la alabanza suene;  
El cántico entonad, hijos de Apolo.

## COMPOSICIONES VÁRIAS.

## I.

## LA EPIDEMIA DE 1804.

## Á AMIRA.

## Elegía.

No, no me culpes, celestial Amira,  
Si estorban daños que cual yo tú sientes,  
Pulsar en tu loor mi débil lira.

No dan sus cuerdas sonos elocuentes,  
Que las afloja y enroquece el llanto  
Largo y acerbo de apenadas gentes.

De la existencia se rompió el encanto,  
Que, algun día pacífica y serena,  
Amarga ahora el pesar, turba el espanto.  
Corre hielo mortal de vena en vena,  
Y de atroz fiebre el hábito apestado  
De la atmósfera el ámbito envenena.

De los nocturnos buhos arrastrado,  
Rueda y retumba el carro de la muerte;  
Corva segur su brazo descarnado

Esgrime sin piedad, y de una suerte  
De la fosa al abismo precipita  
Al consumido anciano, al joven fuerte.

No del pobre el contacto en ella evita  
El rico, ni el del sabio el ignorante,  
Ni envuelve al adormido sibarita

En perfumada nube la fragante  
Goma que á Cádiz el Arabia envía,  
Ni el astrónomo á cálculo arrogante  
Sujeta al sacro lumínar del día,  
Ni á ese millon de soles que la esfera  
De luz recaman en la noche umbría.

Para todos igual la Parca fiera,  
En la honda zanja hacina confundido  
Todo lo que hoy no es ya, y ayer aun era.

Ventura ayer de Málaga, encendido  
Reflejaba el fanal, y hoy de su puerto  
Se aleja el navegante estremecido;  
Y su recinto lúgubre y desierto  
La imagen sólo ofrece de honda pena  
Y larga ruina y porvenir incierto.

No ya Ceilan á su infestada arena  
Tributará olorosa especería,  
Ni sus modas el Támesis ó el Sena;

No el belga encajes, ni de la Ursa fría  
Ofrecerá el morador helado  
El blando lino que entre escarchas cria;

No cera virgen, cáñamo preciado,  
Velludas pieles ni robustos pinos,  
No el bátavo su queso delicado.

No el té suave los remotos chinios,  
Medicinales drogas el Levante,  
Cabo y Madera sus sabrosos vinos.

Mas ¡adónde el piloto la cortante  
Proa dirigirá del rico leño,  
Que contagio y horror no halle delante?

De la airada fortuna el torvo ceño  
Bruma hoy do quier á la afligida España,  
Y de la muerte el pavoroso sueño.

En la alta Cádiz la rabiosa saña  
Tambien se ceba de la fiebre impía,  
Que su paz turba y su esplendor empaña.

En hora triste de menguado día  
Del opuesto hemisferio playa enferma  
Abortó tan crúel y hedionda arpia.

Tus esperanzas y tus hijos merma

Ella tambien, Cartago desdichada,  
Y tus campiñas y tus plazas yerma;  
Y huye tus aguas la potente armada,  
De tu riqueza manantial fecundo,  
Y tu poder se torna en sombra y nada.  
De la nada en el piélago profundo  
Así se sumen de hora en hora, Amira,  
El anhelar y el presumir del mundo,  
Cual la ambicion apágase la ira,  
Y lo mismo el amor que la esperanza  
Entre congojas y dolor espira.  
¿Por qué, pues, el mortal ciego se lanza  
Tras la torpe ilusion que poco dura?  
Sólo asegurarán su bienandanza  
La paz del alma, la conciencia pura.

## II.

EN LA MUERTE DE LA REINA  
DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA.

(1819.)

## Cancion fúnebre.

Yo lo vi, yo lo vi, blando batía  
Sus alas cual de nieve puros ampos  
El genio de la hispana monarquía.  
Sobre altas cimas ó frondosos campos  
Del Pirineo austral ora volaba,  
Y ora al confin del turgido Océano,  
Donde el «No hay más allá» plantó la mano  
Del fuerte Alcides, de potente clava.

De allá vió á los hispanos campeones,  
Moderados en paz, fuertes en guerra.  
Viólos virtudes, glorias y blasones  
Mostrar y conseguir en mar y tierra.

De su virtud y lealtad seguro,  
Vió á Alfonso Perez de Guzman el Bueno  
Al conñado bárbaro agareno  
Arrojar el puñal del alto muro.

Y satisfecha del Señor la saña,  
Vió retornar al africano suelo  
Al fiero alarbe que á la triste España  
Siete siglos cubrió de horror y duelo.

Vió entre mil héroes al tercer Fernando,  
En cuya faz el celo de Dios brilla,  
En las gigantes torres de Sevilla  
Los pendones de Cristo tremolando.

Miró á las olas entregarse ufanos  
Escasos pero intrépidos guerreros,  
Caminando á domar reinos lejanos  
Sin más que su valor y sus aceros.

Miró al galo triunfante é insolente  
De Cádiz estrellarse en las arenas,  
Y deshechas y rotas sus cadenas,  
Vuelto Fernando á la española gente.

Nave vió, en fin, entapizada y bella  
Rauda surcar el piélago de Tétis,  
Y en triunfo conducir régia doncella  
A las amenas márgenes del Bétis.

La diadema de rica pedrería  
Que ornó á Fernando, su Isabel alcanza,  
Y el tronco de Borbon y de Braganza  
Mil vástagos preciosos prometía.

Mas ¡ay! que el genio de la noble España  
La faz celeste encubre, y se estremece.  
¡Ay! que la Parca su fatal guadaña  
Blande en su horrible diestra y se enfurece.

¿Contra quién tal rigor, diosa temida?  
¿Contra quién muestras la segur alzada?  
¡Ay! que el clamor desoye despiadada,  
De Isabel corta la preciosa vida.

De Isabel, de Fernando tierna esposa,  
Dulce esperanza de la patria hispana,  
Del triste protectora generosa,  
Alto honor de la tierra lusitana.

Union y paz con celestial dulzura  
Siempre clamaba, sin cesar pedía,  
Sin fin ansiando el suspirado día  
En que brillase la c. mun ventura.

¡Oh! llegue el día próspero  
Que entre trasportes báquicos

Espanoles, llorad; hase eclipsado

III. Ps.-XVIII,

COMPOSICIONES VÁRIAS.

Te aclamen ilustrísimo  
Millares de gagnápiros....  
—¿Qué me deseas, misero?  
—Ver en tu mano el báculo,  
Que de la alta basílica  
Ostentes en los ámbitos.

—De báculos ni andróminas  
No entiendo, voto á chápiro,  
Ni de la esposa mística  
Me tienta el sacro tálamo.

Encántanme de Flérida  
Los atractivos mágicos,  
Y de su boca célica  
El aliento balsámico;

Su boca, que anunciándome  
De amor dulces oráculos,  
En rojo con sus óculos  
Torna mi color pálido.

—Esas, sí, son andróminas,  
Incurable romántico;  
De las monsergas déjate,  
De magias y de bálsamos,

Y de la vida ascética  
Respeta más los hábitos,  
Si quieres de paz sólida  
Encumbrate al pináculo.

## IV.

## Á DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS,

EN SUS DIAS (1).

## Cantilena.

Al dulce Batilo,  
Á aquel de quien brota  
El labio suave

Preciados aromas,  
Y de Híbla florido  
Las mieles sabrosas;

Ya cante de Filis  
La blanca paloma,  
Al seno volando

De azucena y rosas;  
Rústicos placeres,  
O bullentes copas,

Que el olvido brindan  
De mortal zozobra;  
O pulsa sublime

Las cuerdas eólicas,  
Y el vuelo á las nubes  
Osado remonta;

Al cisne de Tórmes,  
Del Parnaso antorcha,  
Amor de las Musas,

De la Iberia gloria,  
Salud, musa mía,  
Llévale hoy, que torna

El aniversario  
De su ilustre aurora,  
A él, si laud blando

Con tu plectro tocas,  
Si vates te precian,  
Si buenos te encomian;

A él solo le debes  
Tan grata aureola.  
Mostróme en mi infancia

La senda penosa  
Por do él á la cumbre  
Trepó de Helicon.

Alzados, de nubes  
Allí sobre alfombras,  
Vi á Píndaro, al cielo

Eleas coronas  
Grandioso ensalzando,  
Virtudes heroicas;

Vi á Alceo divino  
Con lira sonora  
Hundida cantando

(1) Meléndez estaba en Francia, emigrado.

Tiranía odiosa;  
 Vi al viejo de Téos,  
 De Baco las copas  
 Loando, y los juegos  
 De la cipria diosa;  
 De Venuso al vate,  
 Los furores ora  
 Airado increpando  
 De civil discordia;  
 Burlon ya los vicios  
 Riendo de Roma,  
 Y ya del buen gusto  
 Lecciones preciosas  
 Dictando, que admiren  
 Edades remotas.  
 Y al suave Laso,  
 Y al dulce Rioja,  
 Y al sublime Herrera,  
 Leones y Borjas,  
 Góngoras, Villegas,  
 Sotos y Argensolas.  
 «Sigue tú sus huellas,  
 Si fama ambicionas»,  
 Me dijo, y tendíome  
 Su diestra oficiosa.  
 Vé, musa, y de hiedra  
 Su cana sien orla,  
 Y viva más años  
 Que da el Mayo rosas,  
 Racimos Octubre,  
 Más que espigas blondas  
 En Julio el solano  
 Ardiente tremola,  
 Que copos Diciembre,  
 Y líquido aljófara

FIN DE LAS POESIAS DE DON JAVIER DE BURGOS.

Derrama en los prados  
 De Titon la esposa,  
 Cuando por las puertas  
 Del Oriente asoma,  
 Su carro arrastrando  
 Las rápidas horas.  
 Llenó ya, Batilo,  
 Al mundo tu gloria,  
 Y tu paz en vano  
 Perturbar blasonan  
 Rencor mal nacido  
 O envidia alevosa,  
 Abortos villanos  
 De ciega discordia.  
 En el entusiasmo  
 Ardiente te goza  
 Con que hoy tus amigos  
 Tu loor entonan.  
 Cual tú ostentan ellos  
 La constancia heroica  
 En que del encono  
 Las flechas se embotan;  
 Y esperan que el día  
 Brille en que lumbrosa  
 La verdad disipe  
 Del error las sombras;  
 Cual alzado Febo  
 Del seno de aurora,  
 De púrpura y nácar  
 Su sien ciñe roja,  
 Y eclipsa las luces  
 De miles de antorchas,  
 Que el fúlgido manto  
 De la noche bordan.

## DON JOSÉ SOMOZA.

NOTICIA BIOGRÁFICA, ESCRITA POR ÉL MISMO (1).

DON JOSÉ SOMOZA nació en la villa de Piedrahita, provincia de Avila, en 29 de Octubre de 1781.

Fueron sus padres don Ignacio de Somoza Carvajal y doña Juana Muñoz Barrientos, los cuales, cuando su hijo llegó á la edad de seis años, fueron á establecerse á Salamanca para estar á la vista de la educacion de aquél y de otro hijo mayor que estudiaba la filosofia en aquella universidad.

Pero ni su virtuosa madre, que murió cuatro años despues, ni el desconsolado padre, que le sobrevivió otros seis, pudieron ver fruto alguno de la educacion esmerada que habian procurado á DON JOSÉ SOMOZA: era desaplicado y aun vicioso; se acompañaba con la gente más perdida, vestia traje de torero, y sus ménos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota: por fortuna no tuvo aficion á los naipes, y hoy es el día que no conoce la marcha de ningun juego de cartas, pero habia abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes de la Tuna. Nada le habia aprovechado un instruído y virtuoso ayo que habian puesto á su lado, nada la sociedad más escogida que se reunia en casa de sus padres, ni la que por el verano traia la Duquesa de Alba al palacio de Piedrahita, y el recto y justo don Manuel José Quintana, que le habia conocido en Salamanca, la confesado despues que estaba persuadido de que pereceria en un cadalso el Somoza, á quien él hoy quiere tanto como se ve por la dedicatoria del cuarto tomo de las *Poetas selectas castellanas* (2). La orfandad en que se halló á los diez y seis años, cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la universidad, y se vino á vivir con su hermano á la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escogida librería de su padre, donde, ayudado de lo poco que habia aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó á la lectura, á la meditacion, al verdadero estudio y á la soledad, con tanto ardor y pasion como ántes se habia dado á los desórdenes.

Así vivió hasta la edad de veinte años, sin que turbase su tranquilidad otro incidente que la célebre causa que la Inquisicion formó á los señores Cuesta de Avila, en que le hubieran envuelto sin la actividad y proteccion de la Duquesa de Alba, que le queria extraordinariamente.

Entónces fué á Madrid y fué bien recibido de los antiguos amigos de su padre, que se complacieron en ver la diferencia y enmienda que habia en su carácter y conducta, y no les pareció tan ignorante en las letras ni en las artes como le habian juzgado. Goya aplaudió alguna vez las

(1) Los originales autógrafos de esta noticia autobiográfica, escrita en Piedrahita, y de las poesias de SOMOZA (no pocas inéditas) nos fueron comunicados por nuestro ilustrado y bondadoso amigo el señor don José María Huet, cuya familia tuvo estrechas relaciones de amistad con SOMOZA. (Nota del Colector.)

(2) Merecen consignarse aquí las palabras que emplea Quintana para juzgar á SOMOZA, despues de llamarle el discípulo más querido y de mayores dotes, de Melendez:

«Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y

sensible la razon más fuerte y despejada; que cultiva las Musas y la filosofia con ardor, y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplacion pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaria, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.» (Nota del Colector.)